

¿Qué sabe Ud. acerca de los "Alcohólicos Anónimos"

Sebastián Mantilla, S. J.

Un alcohólico cuenta su curación.

Bill, un americano sumido hasta las cejas en el hábito de la bebida, nos cuenta que un buen día se le presentó en su habitación Ebby, un compañero de tragos y le dijo:

—“Oye, Bill. Tengo algo muy importante que decirte. Si quieres dejar el alcohol y curarte de él te ofrezco una solución: cree humildemente en Dios y entrégate a El, diciéndole: Hágase tu voluntad y no la mía”.

Ante la cara de admiración de Bill, Ebby añadió: —“Te advierto que estoy sobrio, no he bebido aún una sola copa y, además, que te hablo totalmente en serio”.

Bill pudo responderle: “Muy bien. Pues empieza por hacer la prueba tú mismo!”. Pero se abstuvo de ello. Quería a todo trance dejar de beber, y aunque se consideraba a sí mismo como un ateo, se decidió a hacer esta prueba; que por otra parte le parecía bastante sencilla. La ocasión se le presentó estando en un hospital sometido a una cura de reposo, durante la cual se le había agudizado aún más su estado de depresión, ya habitual en él. “Si Dios existe, que me ayude! Estoy dispuesto a hacer cuanto sea necesario. Todo lo que sea necesario!”. La respuesta de Dios pareció venirle en forma de una confianza y seguridad, no sentida hasta entonces, de que triunfaría y llegaría a librarse de la bebida. Hasta le pareció sentir la presencia de algo sobrenatural.

Satisfecho de sus progresos, se decidió a hacer con otros lo que Ebby había hecho con él. Recordó haber leído en una obra del psicólogo Guillermo James sobre experiencias religiosas que la depresión, la desconfianza total en sí mismo, era la mejor disposición para recibir ayuda de Dios, y con el entusiasmo de un neófito comenzó su obra de conquista.

Pero después de seis meses de generosos esfuerzos no consiguió hacer un solo prosélito. Afortunadamente dió entonces con el Dr. Guillermo Silkworth, médico jefe durante muchos años del Hospital Charles Towns de Nueva York, el cual le alentó a proseguir en su campaña, pero advirtiéndole:

—“Oiga Ud, Bill. No debe Ud. “predicar” a los alcohólicos, si desea tener éxito en sus esfuerzos. Comience por convencerlos de que no podrán librarse del alcohol por sí mismos. Hábleles de lo que dice la medicina sobre este proceso. Nosotros los médicos nada conseguimos cuando les aseguramos que los trastornos que se van produciendo en su organismo les llevarán a la locura o la muerte. Pero si es otro alcohólico el que les habla, estoy seguro de que le harán caso. Entonces añada Ud. que recurran a Dios como único remedio”.

En efecto: Bob, un médico que residía en Akron (Ohio) fué su primera conquista definitiva. Juntos continuaron sus esfuerzos y a los cuatro años, en 1939, pudieron ver con satisfacción que unos cien alcohólicos se habían vuelto

totalmente abstemios, gracias a su labor desinteresada y humanitaria. Entonces publicaron un libro que denominaron "Alcohólicos Anónimos", en el que proponían los "doce pasos" necesarios para triunfar. En esencia se reducían a: 1o. desear de verdad deshacerse de la costumbre de beber; 2o.) reconocer que esto no es un imposible para ellos; 3o.) implorar constantemente la ayuda de Dios.

Los grupos regenerados continuaron en aumento. Y aunque en un principio los médicos miraban con desconfianza este procedimiento que consideraban "muy poco científico", llegaron a cambiar de opinión y a constituirse en colaboradores de este movimiento, enviándoles los "casos" más agudos de que tenían noticias. A los seis años había ya 2.000 abstemios; al fin del séptimo año llegaban a 8.000.

Según el Dr. Foster Kennedy, famoso neuropsiquiatra de Nueva York, este resultado tan sorprendente se debe sobre todo a que "el borracho que llega a curarse se convierte en un nuevo misionero". Siente que Dios le ha salvado, y desea corresponder a este beneficio encaminando a otros alcohólicos hacia la salvación.

Extensión del movimiento.

El hecho innegable es que hoy existen grupos de Alcohólicos Anónimos esparcidos no solo por el territorio de EE. UU., donde se iniciaron, sino por el resto de nuestro Hemisferio Americano y por Europa, grupos que tienen sus locales propios en los que celebran sus reuniones de perseverancia de una manera regular. Dése la explicación que se quiera de este fenómeno; su crecimiento constante y su propagación en el espacio son la mejor demostración de su eficacia. Sobre todo teniendo en cuenta que no viven del apoyo económico de otras organizaciones, ni lo buscan, antes al contrario el pertenecer a A. A. (como se les suele llamar de ordinario) no solo no les reporta ninguna ventaja pecuniaria, sino que han de sostener ellos mismos sus pequeños gastos administrativos, su propaganda de folletos y hasta hojas de publicación periódica y regular, como ocurre en El Salvador. En esta República centroamericana cuenta con 6 grupos en la capital, San Salvador, y con 29 en los Departamentos con un total de más de 2.000 miembros. (1)

Yo mismo fui testigo de su pujanza al asistir, invitado por ellos, a una Reunión Abierta celebrada en San Salvador a comienzos del año actual en el amplio salón de actos de uno de los Institutos oficiales, a la cual acudieron hombres y mujeres venidos del interior a engrosar la asistencia de los capitalinos. Allí sin distinción de clases, junto al peón del campo se podían ver a gentes que por su porte y distinción pertenecían sin duda a círculos bien acomodados, acaso profesionales, ricos propietarios, etc. Porque es de saber que las puertas de sus locales se hallan siempre abiertas a todo el que llega y que, haciendo honor a su título, a nadie se le pregunta su nombre ni su origen, y que este anonimato y la huida de toda publicidad clamorosa son considerados como elemento esencial para poder subsistir en su labor.

En la asamblea a que me refiero, dirigieron la palabra a los A.A. una visitadora social, un doctor en medicina, un pastor protestante y yo mismo, como sacerdote católico, ya que se trataba de una reunión "abierta" a la que pueden asistir personas invitadas de fuera de su organización. Pero además, y fué lo más interesante para mí, habló uno de sus miembros para hacer un resumen de su vida y conarnos sin respeto humano alguno, hasta qué extremos de abyec-

(1) Noticias de los grupos más detalladas, en el Boletín "Solo por Hoy", de los grupos San Francisco de Asís, Mejicanos y Concepción.

ción le había arrastrado su enfermedad alcohólica. Y ésta, que podríamos llamar humilde confesión pública de sus extravíos y de su regeneración posterior en los A.A., no es algo extraordinario fruto de la exaltación del momento. Forma, por el contrario, parte de su ascética individual y de su metodología proselitista. Cuando el recién llegado oye a los miembros antiguos expresarse con esa enorme sinceridad, pierde automáticamente el temor de encontrarse entre gentes de superior condición y se anima él mismo a contarles "su" caso, que es probablemente muy semejante al de los demás. Este hecho constituye como el espaldarazo de los antiguos caballeros andantes y le sitúa de un salto en el grupo de los propagandistas, con lo que su voluntad de superación se fortalece y crece la garantía de que continuará por el camino comenzado. De ordinario persevera un 75% de los que establecen contacto con un grupo de A.A.

El secreto del éxito.

—¿A qué atribuyen Uds. el éxito de su organización? —pregunté a uno de ellos—.

—No sabría yo mismo señalar el motivo —me dijo amablemente—. Creo que hay varios elementos que contribuyen a garantizar el fruto de esta labor que es, desde luego, sorprendente y que a juicio de todos los que han buscado una solución a este verdadero flagelo social, es la que se ha mostrado más eficiente.

—¿Podría usted señalarme algunos de esos elementos?, —insistí—.

Con mucho gusto, me respondió. He aquí algunos. Cuando el alcoholismo llega a cierto grado de intensidad se apodera del enfermo el convencimiento de que ya su mal no tiene remedio. Se siente incómodo en su ambiente, se considera (y en realidad así es) rechazado por la sociedad, llega a punto de desesperarse. Y en tanto que su soberbia le hace creer que podrá dejar de beber cuando a él se le antoje, continúa bebiendo y bebiendo, sin que ese día de su regeneración llegue jamás a amanecer para él.

Y añadió:

—Un folleto llegado a sus manos oportunamente, una invitación de un amigo que esté deteniendo la enfermedad, le ponen en relación con alguno de los grupos. Entonces comprueba que no está solo en su lucha, oye la historia de casos semejantes al suyo contada por gentes que se hallan alegres y satisfechas de su liberación, comprueba que su solicitud en acogerle es totalmente desinteresada, que allí no se hace política, ni se induce a nadie a adoptar determinada postura religiosa, que entre sus nuevos amigos los hay creyentes y los hay incrédulos, que no se conectan ni dan apoyo a ninguna otra causa que no sea a la de ayudarse mutuamente a resolver su problema común, que el único requisito que se le exige para hacerse miembro de A.A. es el **deseo sinceramente recuperarse del alcoholismo**, convertirse otra vez en un ser útil a la comunidad para poder llevar de nuevo una existencia normal y provechosa. Y concluye por hacerse esta pregunta: "¿Por qué no podré yo lo que tantos y tantas pueden?" En este momento una víctima más de esta enfermedad ha comenzado ya su curación—.

—Una aclaración —interrumpí yo a mi amigo alcohólico— ¿Uds. consideran a la bebida como un vicio o como una enfermedad?

—Hoy se admite por la medicina que el abuso del alcohol, que comienza por ser un hábito acaba por convertir al bebedor en un enfermo. El alcohol no ataca tan sólo a nuestro organismo, a nuestro cuerpo, sino también a nuestra mente. De aquí que los médicos, cuyos remedios tienden a devolver la salud al

organismo, fracasen en el trato de los alcohólicos. Mucho más importante es curar el espíritu, robustecer la voluntad, proveyendo al alcohólico de una motivación eficaz, devolverle la confianza en sí mismo y en la ayuda de Dios, haciéndole ver que al no poder valerse por sí solo necesita pedir humildemente la protección y el auxilio de lo alto.

—¿Tienen Uds. que sujetarse a determinadas órdenes de sus jefes?—

—Nada de eso. Entre nosotros no hay jerarquías; todos somos iguales y tanta consideración merece el que acaba de incorporarse al grupo como el miembro más antiguo del mismo. Es claro que hacen falta quienes se ocupen de nuestras pequeñas faenas administrativas. Pero no somos siempre los mismos, sino que nos turnamos con frecuencia en estos cometidos. Y en nuestro modo de hablar y en nuestros escritos se podrá comprobar la tolerante moderación y amplitud con que nos producimos, buscando siempre evitar todo aquello que pueda herir susceptibilidades o molestar a los demás—.

—En lo único que nos mostramos intransigentes e insistimos continuamente es en la necesidad de abstenerse de toda transacción, por pequeña que sea, con nuestra solemne y definitiva renuncia al uso del alcohol. Consideramos que nuestra naturaleza física lleva siempre, aun después de mucho tiempo de curación, la posibilidad de enfermar de nuevo el día en el que por debilidad pensemos que podemos ya prescindir de nuestra sobriedad actual y aceptemos el tomar de nuevo una sola copa—.

—Por eso en nuestras reuniones volvemos siempre sobre los motivos tan fuertes que nos indujeron un día a la sobriedad y consideramos como una tentación diabólica hasta el mero hecho de alimentar en nuestras mentes el recuerdo de las supuestas satisfacciones que conseguíamos en nuestros tiempos de esclavitud alcohólica. En una palabra: si A.A. no nos cura definitivamente, al menos nos proporciona un medio eficaz para mantener constantemente a raya y bajo control esa tendencia a la bebida, que constituyó un tiempo para nosotros una verdadera obsesión mental y que continúa latente en nuestro organismo, dispuesta a jugarlos una mala pasada al mejor tiempo, si llegáramos a descuidarnos.

Conclusión.

Concluyamos con esta recomendación. Si lo que aquí hemos leído nos ha parecido una utopía, un sueño, pensemos que esa misma era la opinión de muchos enfermos alcohólicos que hoy son los apóstoles más entusiastas de ese maravilloso plan de recuperación. Y si tenemos entre nuestros conocidos algún caso desesperado, procuremos encaminarlo hacia un grupo de A.A. y aguardemos los resultados antes de dar nuestro veredicto final sobre esta Comunidad humanitaria. Precisamente en estos casos extremos es donde más resplandece la bondad y eficacia del sistema de los A.A. (1).

(1) A quien desee más información, literatura sobre este tema o quiera saber en dónde hallar uno de estos grupos de A.A., puede dirigirse a la Administración de esta revista, Apartado 668, San Salvador, El Salvador, C. A. y gustosamente le atenderemos.